

A LA FAMA CANTANDO EN EUROPA LOS *LIEDER*
ALEMANES.

De Novela.

MARIA BONILLA LA GRAN INTÉRPRETE MEXICANA DE LOS LIEDER ALEMANES. FORJADORA DE UNA GENERACIÓN DE CANTANTES, GANABA UN PESO TOCANDO EL PIANO EN LOS CINES DE PELÍCULAS MUDAS.

POR LUIS SUÁREZ.

A la tragedia de su vida familiar se une la impresionante pérdida de la voz en Alemania, y la voluntad que le devolvió su prodigio artístico. La vida artística de María Bonilla, vida que en el artista es la sola vida, toda la vida. Famosa cantante mexicana y maestra de no pocas de las que hoy tienen nombre, se desarrolla en un nudo de coyunturas y circunstancias: favorables unas, adversas otras, que constituyen la trama inseparable e irrenunciable de los seres excepcionalmente dotados. Lo que fue malo, malo fue. Cuanto fue bueno, no lo deseó mejor, una y otra cosa son elementos consumidos en la fragua que produce la personalidad impulsada por la legítima ambición artística, y refrenada por las dificultades. Las dificultades ayudan al artista, en no pocas ocasiones, tanto o más que los éxitos fáciles.

Nieta de un héroe serrano en la lucha contra los invasores franceses, el general Juan Nepomuceno Méndez, quien tuvo en sus manos la presidencia interina de la República; hija de un humilde, pero combativo maestro de escuela; poseedora de una de las voces más hermosas para la *lied* alemán, de niña tocó el piano en México mientras los espectadores de los cines de entonces veían películas silenciosas; y en Alemania recibió enseñanzas del hijo de Wagner y cantó ante el Mariscal Hindenburg y El Kromprinz, hijo del Kaiser.



La soprano dramática en su primera actuación de ópera: "El Trovador" de Verdi.

Vivió en su infancia la turbulencia revolucionaria, conociendo así los apuros de ese tiempo en la ciudad de México. Un famoso doctor germano le auguraría la pérdida de su tesoro: la voz de soprano dramática o coloratura, pero salvó ésta y llegó a ser famosa en México y altamente apreciada en el mundo. Su padre, profesor y revolucionario, se dejó llevar sin embargo por el espíritu conservador de las familias, y le dijo: “¡No, en las tablas tú no aparecerás nunca!”. Pero dio conciertos, incluso en el Conservatorio Nacional de México.

Forjadora de otras voces más jóvenes, entre ellas la de Irma González su alumna brillantísima, María Bonilla se retiró hace un año, cuando era directora de la Escuela Nacional de Música en la Universidad de México. Pero no ha dejado de tener algunas alumnas. Hace dos meses dio un concierto a beneficio del maestro Salvador Moreno. Su voz no descansa y, a pesar del tiempo, tampoco se apaga. En ella tienen los compositores actuales, un alado instrumento que da a conocer sus canciones. Los próximos días comienza una gira por Oriente y Europa, porque un artista que enseña, nunca deja de aprender.

UNA NIÑA QUE CANTA EN COYOACAN.

María Bonilla Méndez nació en Cuautempan, del municipio de Tetela, en la Sierra de Puebla. Es aquella la tierra de **los tres Juanes de la Sierra Norte de Puebla**, los tres héroes de la lucha libertaria contra la intervención francesa: Juan Nepomuceno Méndez, su abuelo; Juan Crisóstomo Bonilla, su pariente; y Juan Francisco Lucas, el patriarca adorado por los habitantes de Xochiapulco. Las nubes nacen allí de la tierra, fundiéndola con el cielo. Por entre los montes brumosos pasan aún los rebaños. Las rucas siguen dando vueltas a los vellones de lana en los hogares. Nacen así las prendas para el frío, como cuando ella vino al mundo también se hilaban los jorongos que los xochiapulcas lucieron hasta la mitad del muslo, como único escudo contra el invasor. El habla náhuatl continua poniendo dulzura en la comunicación humana.

Cuautempan es su tierra porque hasta allí fue enviado a trabajar su padre, el profesor José María Bonilla, uno de esos maestros ejemplares mexicanos que dieron su vida a la educación, falleciendo con más de ochenta y ocho años de edad, el 2 de agosto de 1960. Fue su madre doña Rosalía Méndez, la hija del general, cuyo matrimonio se trasladó a la ciudad de México cuando María tenía un año. Y comenzó la vida. Una vida de la cual María Bonilla dice:

--Empecé a vivir desde muy chica.

Vivir es sufrir. Vivía la familia en la calle Mina, de Coyoacán. El profesor Bonilla era inspector de escuelas en Tacubaya y Xochimilco. En la casa había afición musical. Doña Rosalía tocaba el piano, y dos hermanas suyas -tías de María- fueron cantantes en Tetela de Ocampo, aunque jamás actuaron profesionalmente, como a ella le correspondería hacer. De muy niña, la madre la llevó a una representación del **Fausto**, que la Tetrzini ejecutó en el Teatro Abreu. En la escuela primaria jugaba al teatro, pero ella ya tenía que ser entonces la **prima donna**. Participaba en el coro de la escuela. Cuando tenía siete años, las maestras buscaban una niña de buena voz que interpretase el Himno Nacional en la fiesta que se celebraría en el ayuntamiento, antigua casa de Hernán Cortés.

TOCABA EL PIANO EN LOS CINES DE PELÍCULAS MUDAS.

María Bonilla: Drama.



María Bonilla, la niña que cantaba en Coyoacán con su familia. Sus padres José María Bonilla y Rosalía Méndez; ella, junto a su hermano Luis Horacio. Delante: sus hermanos José y Juan.

--Por aquí hay una voz...

Pero la niña se callaba. No quería que la eligieran. Entonces las maestras hicieron que cada niña del coro cantase sola. Y dieron con María, que no pudo librarse. Aquella fue su primera actuación pública.

Frente a su casa vivía una familia que tenía un gramófono de manija. La niña imitaba a las cantantes. Un día, el señor Bañuelos, vecino que sabía de canto, y que era hermano de una muchacha que estudiaba la carrera, Oyó a María: -- “¿Quién canta aquí?” --“Mi hija”, repuso doña Rosalía. --“¿Esa muchachita que va a oír los discos? --“Sí, esa”. Y esa era la muchachita que, ya de oídos, cantaba **Lucia de Lammermoor y Caro Nome de Rigoletto**, imitando todas las fermatas. Entonces Bañuelos le dio el consejo de que no siguiera cantando, a fin de no perder la voz, guardándola hasta los 17 años. Mientras, podía estudiar piano y solfeo.

Empezó a estudiar el piano con Ángela Peredo, organista de la Iglesia de San Jacinto, en San Ángel, quien vivía en el curato. Pero no podía estar sin cantar, y lo hizo en Los Misterios del Mes de María. La acompañaba a la iglesia su hermano Pepe, quien más tarde sería el primer ingeniero agrónomo de Chapingo, y hoy hombre de conocida actuación pública, José Bonilla. Les daban 10 centavos para el tranvía, pero los hermanitos cubrían la distancia corriendo y así podían gastar en dulces el importe del pasaje. Con la organista estudió María hasta la edad e 13 años.

Luego recibió clases de piano del maestro Salvador Pérez, compositor que formaba en la tertulia bohemia de Luis G. Urbina, Ernesto Elorduy y el ilustre Justo Sierra. Un día la alumna cantó solfeando. El maestro se impresionó:

--¿Sabes cantar? A ver, cántame esto.

La conclusión del maestro Salvador Pérez fue:

--¡Qué bonita voz! Más tarde debes dedicarte a estudiar canto.

TOCABA ELPIANO MIENTRAS EL PUBLICO VEIA PELICULAS SILENCIOSAS.

Pero más tarde llegó la Revolución. María tenía 14 años. Habían asesinado a Francisco I. Madero y a José María Pino Suárez. El inquieto maestro que fue el padre de la futura artista, hacía el periódico antihuertista **El Renovador**, y por lo tanto tuvo que huir. Se fue a su tierra, Tetela de Ocampo, donde se incorporó a la “Brigada Francisco I. Madero”, de los generales Márquez. En 1914 el maestro, así convertido en militar, mandó por los suyos. Todos se fueron a Tetela. Pero allí había tiros, y no había piano. María no pudo seguir estudiando y prestó servicios a la revolución como afanadora en el hospital de sangre de la localidad.

A fines de 1914, la familia Bonilla regresó a México. Más tarde, su jefe se fue a la Convención de Aguascalientes. La familia abandonó la casa de Coyoacán y vivieron en la de unos amigos, en la calle de Zaragoza, para protegerse de inquinas y represalias por las pasiones y divisiones políticas de la época. No había mucho que comer, y un día no hubo ya absolutamente nada. La abuelita estaba grave. María le dijo a su hermano Juanito, de ocho años:

--Ven, vamos a buscar trabajo.

Se fueron por los cines que entonces había: el *Guerrero*, el *Briseño*, En el cine *Guerrero* le preguntó un español, su dueño:

--Pero niña, ¿trabajar de qué?

--Yo toco el piano.

Y puso a la niña frente al instrumento.

--Tienes buena ejecución. Te voy a dar trabajo, pero no aquí, sino en otro cine que tengo.

Era el cine *América*, que estaba por la Merced. La cinematografía se cubría entonces de gloria con cintas como **La Moneda Rota**. y **El Diamante Celeste**. Mientras el público las veía, María tocaba, y así ya no era tan mudo. La joven pianista ganaba un peso diario. Más tarde tocó ahí mismo acompañada de un trío con violín y cello, y cobraba un peso con cincuenta centavos. Las películas se ilustraban musicalmente con los vales románticos de los tiempos: **Ideal, Alejandra, Cuando el amor muere, Cuando el amor nace....** El cine progresaba y la pequeña artista también. En su casa ya se comía gracias a su pequeño arte.

Las noticias de este éxito llegaron hasta el profesor José María Bonilla, que andaba por el Norte en los líos Revolucionarios. Esto lo contrarió más que la pérdida de una batalla. Y cierto día, un viejo con larga barba se acercó a la pianista del Cine *América*.

--A la salida te espero.

Ella se espantó. ¡Qué horror! Le contó lo ocurrido a Adelita, la señora de la casa donde vivían (Calle de Zaragoza), quien la acompañaba al trabajo.

Pero Adelita ya conocía la identidad el viejo de las barbas: --Ese es tu padre.

--¿Mi papá?

Y los tres se fueron en tranvía --el hombre sin hablar con las mujeres-- hasta la calle Zaragoza. Lo primero que hizo el maestro fue pedirle a su hija que no volviera al cine.

--¡Pero si el suyo ha sido un gesto muy bonito! ---La defendía Adelita.

---Sí, pero yo tengo la culpa por andar de mequetrefe en le Revolución y dejar a mi familia.

Y María cambió de trabajo. El padre logró que un amigo suyo, inspector de escuelas, la tomara de secretaria. Cuando las cartas le salían mal, el inspector las rompía iracundo. María añoraba el cine. Pero se aguantó. Ganaba 30 pesos mensuales con el inspector y tenía cuatro alumnas de piano, que le pagaban a razón de un peso la clase. Eran dos por semana.

Miguel Horacio Bonilla, hermano mayor de María, se fue a los Estados Unidos, a trabajar como mecánico en la casa Ford, de Detroit. Mandaba dinero a fin de que su hermana tuviera una buena clase de música. Y la tuvo en la Casa del maestro Pedro Luis Ogazón, que era de quienes más cobraban: 5 pesos la clase, en su estudio de San Ángel. En el año 1919 llegó el día santo del maestro Ogazón. Le organizaron un concierto en su casa, al cual asistió el famoso pianista Rubinstein, que venía a México por primera vez. Allí estuvieron con María otros alumnos que también serían famosos: Carlos Chávez, quien entonces era su novia y más tarde su esposa, Otilia Ortiz; Manuel Rodríguez Vizcarra y su esposa, Fanny Zaldívar.

José Montes de Oca, ayudante de Ogazón, había preparado a María a fin de que en esa ocasión tocara una barcarola de Tchaikovski. Ogazón preguntó a María:

--¿Qué me va a tocar?

--Prefiero cantar, maestro.

--¡Cantar! Pero ¿Usted, canta?

--Nunca he estudiado, pero canto.



María Bonilla en la actualidad, jubilada del conservatorio y de la Universidad.--- Derecha: Un grupo de músicos y alumnos del Conservatorio Nacional, en 1922.

Ogazón sacó dos álbumes de canciones para que ella escogiera una.

Y escogió **La Partida**, de Álvarez. Al finalizar la canción el maestro se quedó asombrado:

--Tiene buena voz. ¿Nunca ha estudiado? Debe dedicarse al canto. Cinco dedos tenemos todos, pero garganta no. Como quiera que no puede usted hacer dos carreras artísticas tan pesadas, le aconsejo que me dé calabazas en el piano y se dedique al canto.

TRAGEDIA SOBRE TRAGEDIA, EN ALEMANIA PIERDE LA VOZ.

Siguió el consejo. Meses después, María Bonilla (tenía 17 o 18 años) fue a estudiar canto con la señorita Severina Moreno, aunque no dejó totalmente las clases de piano con Ogazón. Su hermano Miguel Horacio seguía enviando dinero desde Detroit y ella continuaba ayudando a la casa con lo que ganaba y, a la vez, impartiendo enseñanza musical. En 1921 decidió ingresar en el Conservatorio Nacional, que estaba en Moneda 16. Llevó la clase de canto con Lamberto L. Castañares, formador de una legión de buenos cantantes; armonía con Julián Carrillo y piano con Antonio Gomezanda.

En 1922 vino a México una ópera rusa, que traía al tenor Deneprof. Éste oyó a María, en una de sus clases de ópera, cantar el aria **La Wally**, de Catalani, y le propuso que se fuera con su compañía en gira por América y Europa. El padre se opuso una vez más:

---Puedes seguir estudiando, pero no te dedicarás a las tablas.

El Presidente Adolfo de la Huerta, que tenía afición al canto y que hasta se dedicaba a él como profesor con un grupo --cuando no ejercía la primera magistratura, naturalmente--, quiso enviarla becada a Filadelfia, Estados Unidos. No se realizó.

Entretanto, Miguel Horacio regresó tuberculoso de los Estados Unidos. En la colmena humana de la explotación fabril, había dejado los pulmones. Cuando estaba grave llamaba a su hermana para que le cantara las arias de **Aída y El Trovador**, las dos óperas en que ya María había actuado en representaciones montadas por el Conservatorio. El hermano menor, Juanito, no quería separarse del enfermo. Para evitar un contagio lo enviaron a Tetela. Allí, montando un caballo serrano, se cayó y murió de un golpe en el cerebro. El muchacho tuberculoso se lamentaba:

--Pensar que yo soy el responsable, porque lo mandaron allí para que no se contagiara...

A los seis meses --en 1923-- moría Miguel Horacio, el antiguo mecánico mexicano de Detroit. María estaba delgada, desmejorada. La examinó un médico ante la posibilidad de contagio. Pepe estaba en Chapingo. Sobre la familia se había producido la doble tragedia. Lo mejor era que, tan pronto pudiera, María se fuese a Europa. Y en el Cine Cuauhtémoc, de Coyoacán, dio una despedida el sábado 10 de enero de 1925. El programa decía: "María Bonilla, soprano dramática, debiendo

salir próximamente para Europa en viaje de perfeccionamiento desea, antes de abandonar su patria, ofrecer a esta culta sociedad el fruto de sus primeros esfuerzos en el divino arte”.

Dio otro concierto en la Escuela Nacional Preparatoria, donde la oyó el maestro Salomón Kahan. Ambos se iban para Génova, y ya tenían los pasajes.

Pero Kahan le dijo a doña Rosalía:

--He oído a su hija, y adonde debe irse es a Alemania, para estudiar Lieder.

Cambiaron los pasajes y llegaron a Hamburgo. Los esfuerzos hechos en México y el cambio de clima le produjeron a María una enfermedad de la laringe. Vio a un famoso especialista que sentenció:

--Olvídese usted de que alguna vez tuvo voz y dedíquese a otra cosa.

La depresión fue tremenda. Ingresó de enfermera en una clínica berlinesa de ortopedia infantil. Allí los médicos le dijeron que recuperaría la voz y que volviera a cantar.

Otro especialista la curó de los nudos que se le habían formado en las cuerdas vocales. Recomenzó el estudio de canto en el Conservatorio de Berlín donde, en 1928, sacó el diploma de concertista. Pero temía el regreso a México. Doña Rosalía se puso enferma y fue a Suiza, donde don José María Bonilla la alcanzó, mientras María, en Bayreuth, la tierra de Wagner, tomaba un curso de ópera wagneriana, bajo la dirección de Sigfrido Wagner, hijo del gran músico alemán.

Y por fin, la vuelta a México. Aquí, da a conocer los **lieder** de Karl Scherecker, director del Conservatorio de Berlín y del también alemán Sigfrido Borries. El 4 de diciembre de 1928 ofrece un concierto en el Anfiteatro Bolívar, cantando lieder de Schubert, Schumann y Brahms. Se convierte en la gran difusora de las canciones alemanas.

A los dos años vuelve a Alemania becada para realizar estudios especiales de pedagogía musical. En Alemania mandaba Hindenburg, quien asistió a una fiesta de los alumnos latinoamericanos en Berlín. También acudió **El Krompriz**, hijo de

Guillermo II. María, que en México interpretaba canciones alemanas, en Alemania cantó canciones mexicanas. De su garganta salió la **Canción Mixteca**, de López Alavés: “Que lejos estoy del suelo donde he nacido...”

Volvió al suelo donde había nacido en 1932, pero antes hizo en Milán un curso de ópera y dio un concierto en el Real Conservatorio de esa ciudad italiana. De paso por Nueva York ofreció otro concierto en el Auditorio de los Ingenieros.

Desde entonces se dedicó a enseñar música. Han sido alumnas suyas: Irma González, Aurora Woodrow, Julia Araya --quien la sustituiría como maestra de canto en el Conservatorio--, Socorro Salas... Daba clases en el Conservatorio y en la Universidad. En esta última fue designada, el año de 1959, directora de la Escuela Nacional de México, a la cual renunció en 1960, para atender mejor a su padre, ya enfermo. También se ha retirado del Conservatorio.

María Bonilla no ha ganado dinero como cantante, y ha vivido siempre como profesora. Su padre decía:

--Tú eres como las gallinas: siempre sales poniendo.

Pero María Bonilla es feliz por haber siempre dado a otros su arte, al haberlo enseñado. No le interesó jamás su carrera por el dinero que le trajera.

Nunca se casó ¿Por qué? Ella lo explica: “Circunstancias. Quizás porque siempre fui **muy** hija”. En efecto, vivió inseparablemente unida a su padre hasta que éste murió. El día que lo enterraron, Salomón Kahan pronunció una oración fúnebre.

--Mi voz no me ha dado dinero, pero me ha permitido viajar.

Y ahora, cuando sale para el Japón, ya está pensando en viajar luego por el interior del país, para dar clases y organizar cursos en la provincia.

Está enamorada de la música negra y da a conocer las canciones del joven compositor mexicano Francisco Martínez Garnares.

Al cabo de los años, si su vecino Bañuelos la oyera que ha forjado en México generaciones de Cantantes...



Con el maestro Julián Carrillo, sentado. María es la cuarta de la segunda línea, de izquierda a derecha, junto al hoy famoso musicólogo Jerónimo Baqueiro.

Revista SIEMPRE. No. 445. Ciudad de México, 3 de enero de 1962.

Proporcionado por el Sr. Julio Zamítiz Cruz.

Recopiló y capturó Psic. María Emma Posadas Arroyo.